

Cráneo rojo sobre fondo sueño

**NIEVES RODRÍGUEZ
RODRÍGUEZ**

En el principio fue el silencio...

LA NIÑA
MAMÁ / ~~CADÁVER DE MAMÁ~~
TERÓPODO Y ORNITÓPODO
EL JARDINERO
EL CUADERNO

NOTA: *Actore incumbit probatio.*

X

Contéstame.

Contéstame, por favor.

Contéstame, por favor, mamá.

Inhalo todo lo que puedo y exhalo con un sonido áspero y grave, tan extraño que no termino de asimilarlo como propio. Ese sonido me respira en la nuca y siento frío.

¿Eres tú?

Para disimular todas las posibles respuestas sumo a la exhalación un silbido nostálgico, una melodía amarga y resignada desde que mamá se ha encerrado en el baño y no responde a mis súplicas. Odio la noche. La melodía que acaricia mis labios se va asentando poco a poco en mí. Estoy frente a la puerta del baño. Otra vez el aire en mi nuca.

¿Eres tú?

Cierro los ojos. Acercó el oído a la puerta y el rumor de la nada se hace nítido. Un reguero de agua cruza por debajo de la puerta mojándome los pies descalzos. El agua se filtra enrarecida y manchada de tierra. Las plantas deben de estar ahogadas, pienso. Siempre lo mismo: Me encierro por dentro, cariño; necesito estar sola. Lo dice cargada con un pote, un pequeño limonero y otras plantas que suelen estar en las repisas de las ventanas y en la terraza: un jacinto, un geranio y un rosal que ya florece. Los deja en el interior de la bañera. Luego se acerca a la puerta, me da un beso en la frente

y dice: Voy a cerrar, cariño. Al cabo de las horas no se oye el rumor del agua. No se oye el chirrido de la banqueta que arrastra a orillas de la bañera. Un chirrido que me espanta y ante el cual me tapo los oídos. De eso hace muchas muchas horas y se ha hecho de noche. Odio la noche. Un bosque nuestro baño, pienso. Un bosque.

Un relámpago cruza la ventana de mi habitación. Es la ventana que da a la terraza, ahora desnuda de plantas, desde la que puedo contemplar los sucios balcones de enfrente repletos de ropa tendida. Noche cerrada. Avanzo hasta la cocina, pasillo adentro, dejando un río tras de mí. Allí me dejo caer en una silla, junto a la mesa. Allí están mis dinosaurios, mirándome. Algo se desanuda y se expande. Puedo sentirlo dentro, cerca del esófago, como una bola de carne que se queda atorada en la garganta y que, al fin, se disuelve. Es el hambre. Anochece un poco más por la ventana. En mitad de este espeso silencio, cuando creo que el corazón puede romper en palabras, el runrún de la nevera se hace insoportable y se cuelga en mi cabeza. Dice mi nombre. La nevera me llama. Me levanto. La abro. Nada. Una luz mortecina tiembla y cierro la puerta. Allí, colgada de un imán, la lista:

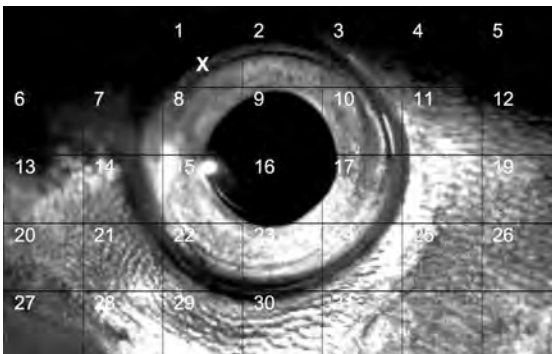
embalar lo importante
pan
huevos
leche
si se entromete, ignorarlo

Los faros del camión de la basura, que ya comienza a frenar haciendo el mismo ruido que la banqueta en el interior del baño, se proyectan en el techo y la luz se columpia hasta la mesa. Allí, mis dinosaurios, un terópodo y un ornitópodo,

Cráneo rojo sobre fondo sueño

parecen personajes. La mesa de mi cocina, un teatro, pienso. Un teatro con una única espectadora. Embalar lo importante. El camión pasa de largo y termina por iluminar el calendario que está colgado en la pared con una chincheta oxidada. Está oxidada porque el día que la apreté contra la pared tenía los dedos manchados de mostaza. Y la semilla de la mostaza es negra tizón como esa chincheta que ahora sostiene el mes de mayo. Los ojos de un pez allí dibujado anuncian que hoy es, para ser exactos, uno de mayo. El día de mi cumpleaños. Me invade la tristeza.

Mis pulmones se callan, ya no hacen el sonido áspero y grave de antes. Abro el cajón de la cocina, ese cajón de todas las cocinas: medicamentos, botones, mis dientes de leche, facturas, cerillas, rotuladores, posavasos, pinceles, cinta de carrocero... Saco un rotulador. Al intentar cerrar el cajón, no puedo. Algo, desde dentro, no lo permite. Revuelvo y encuentro un cuaderno enterrado. Lo saco. Cierro el cajón, por fin, produciendo un golpe sordo. Mis dinosaurios se asustan. Voy a sembrar un signo entre los números.



NIEVES RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ

Siento frío en los pies como si hubiera vadeado un río. Cojo el cuaderno, me siento a la mesa y lo abro. Allí, la letra de mamá.

y al día siguiente no murió nadie
si vas a leer esto no te preocupes
al cabo de un par de páginas ya no querrás estar aquí

TERÓPODO.— ¿Ya?

ORNITÓPODO.— ¿Hemos pasado la segunda página?

Sostengo el cuaderno sobre mi pecho mientras compruebo las huellas que he ido dejando tras mancharme los pies de agua enrarecida y tierra húmeda. Miro el suelo y compruebo que ese dibujo lo he visto antes. Hace mucho. En mitad de una acuarela. Vuelvo a vadear el río que lleva hasta la puerta del baño. Me introduzco pasillo adentro. Odio la noche. Frente a la puerta dejo de respirar por un instante. Aguzo el oído. Nada. Solo el aire en mi nuca.

¿Eres tú?
¿No vas a salir nunca?
Hace horas que es mi cumpleaños.
¿Esto es una sorpresa?
Mamá, por favor...

Otra vez el aire en mi nuca. Cierro los ojos. Acercó el oído a la puerta y el rumor de la nada se hace nítido. El agua se filtra, todavía, enrarecida y manchada de tierra. Abro los ojos y giro sobre mis pies resbalando. Allí está él. Ignóralo, pienso. El jardinero del balcón de enfrente.

EL JARDINERO.— Hoy han florecido los cerezos.

Lo dice esperando una respuesta. Luego baja un segundo la mirada y descubro que en sus párpados tiene dibujados un

Cráneo rojo sobre fondo sueño

par de ojos¹. Siento en la carne el aire tajante subir y bajar sin control alguno. Conozco esos otros ojos, me digo. Pero no digo nada porque el corazón no quiere romper en palabras. Salgo corriendo río adentro y llego a la cocina. Allí mis dinosaurios me miran atónitos. Me dejo caer en una silla, junto a la mesa, y al alzar la cabeza, allí está él. Sentado, con sus cuatro ojos. El runrún de la nevera se hace insoportable y se cuela en mi cabeza gritando mi nombre. Me levanto. Le doy un manotazo llena de furia y el imán cae al suelo junto a la lista. Abro la puerta de la nevera y siento una náusea en la boca del estómago que me produce mal sabor de boca. En el interior, un sobre. Fuera del sobre la letra de mi madre avisa de que

en todo el diccionario no hay una sola palabra
sobre la que poder reclinar la cabeza²

El jardinero, que se acerca a mí, extiende su mano, curtida como si las espinas de las rosas se hubieran estado clavando durante siglos en ella. Sus botas sucias, llenas de barro, van dejando dibujos imposibles en el suelo.

EL JARDINERO.— Tengo una flor, mira.

¹ Alguien me dijo que, al parecer, Samanta Schweblin también lo vio.

² Me susurró una noche Octavio Paz.



JUZGADO 1ª INSTANCIA N.º 6 DE MADRID

DILIGENCIA DE ORDENACIÓN DEL LETRADO /A DE LA ADMINISTRACIÓN DE JUSTICIA SR./A. D./D.ª NIEVES RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ

En MADRID a día en que florecen los cerezos

Habiendo transcurrido en exceso el plazo de VEINTE DÍAS concedido por las partes para formalizar recurso de apelación contra la sentencia recaída y siendo, por tanto, firme la misma, habiéndose señalado el LANZAMIENTO de la demandada del siguiente domicilio: **Inmueble de la Calle Job, 11 Bajo 1, 28282 de Madrid, para el DÍA 2 DE MAYO del corriente a las 10.00h.** de la mañana, dese comisión al Auxiliar Judicial y Secretario o Gestor Procesal, **sirviendo el testimonio de esta resolución de mandamiento en forma para el SCNE de este partido judicial.**

Se autoriza expresamente a la Comisión Judicial para el caso de que sea necesario, por encontrarse cerrado el inmueble, o no consentirse la entrada, a que se lleve a cabo la misma, adoptando las medidas que fueran necesarias, recabando, incluso, el auxilio de la fuerza pública.

Así lo acuerdo y firmo. Doy fe.

EL/LA LETRADO/A DE LA ADMINISTRACIÓN DE JUSTICIA

Cráneo rojo sobre fondo sueño

Cuando termino de leer la misteriosa carta y alzo los ojos, el jardinero ya no está. Ni rastro de la flor. Ignorarlo, me digo. Me acerco a la ventana de la cocina y miro por entre las cortinas. La ropa de enfrente sigue tendida. Esto no ha pasado, pienso. Recojo a terópodo y ornitópodo de la mesa-teatro. Me los llevo porque también ellos tiritan de frío. Los retengo en mi pecho junto al cuaderno y el sobre y cruzo el pasillo oscuro de la noche hasta mi habitación. Entro y cierro la puerta atrancándola con un pequeño baúl de cosas perdidas. El jardinero ya no está. Ya no está, me repito.

TERÓPODO.— Tenemos que embalar lo importante.

ORNITÓPODO.— Deberíamos empezar por el salón.

TERÓPODO.— Embalar lo importante y sacar de la cabeza lo que impide pensar.

Un relámpago cruza la ventana de la habitación, otra vez. Tras el cristal, el jardinero. Es la ventana que da a la terraza que ahora, con sumo cuidado, abre desde fuera. La ventana que daría al bosque que ahora está en el baño.

EL JARDINERO.— ¿Dónde están las plantas?

En el baño.

EL JARDINERO.— Traigo semillas para volver a hacer de la terraza un jardín.

Querrá decir bosque.

EL JARDINERO.— He salido como todos los días a recoger la ropa tendida y...

Su ropa sigue tendida.

NIEVES RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ

EL JARDINERO.— Podría intentar entrar en el baño.

...

EL JARDINERO.— ¿Puedo entrar?

Terópodo y ornitópodo se meten en el baúl de las cosas perdidas. Luego abren ligeramente la tapa y me miran con ojos indignados.

No me miréis así.

TERÓPODO.— ¿Qué parte de ignorar no entiendes?

No sé si es a él.

ORNITÓPODO.— ¡Pues claro que es a él! Siempre metiendo las narices en las plantas, en la terraza y en...

TERÓPODO.— No es el momento.

ORNITÓPODO.— Desde hace once años, no es el momento.

TERÓPODO.— ¡Que te calles!

Es mi cumpleaños. Estoy sola. Estamos solos. ¿Entendéis eso? No sale del baño, lleva desde ayer sin salir del baño. Ni siquiera cenamos.

TERÓPODO.— Once años...

Y tengo hambre, les digo, mientras abro el cuaderno de mamá. Allí su letra aparece entre acuarelas, garabatos y tachones. Sostengo el cuaderno con las dos manos e inserto mi cabeza en él. Huele a lluvia. Lo separo y leo.

Cráneo rojo sobre fondo sueño

si aprietas los ojos verás una cabeza humana
no te fíes

Alguien llama a la puerta de mi habitación con los nudillos.
Dos veces. No te fíes, me digo. Vuelven a llamar a la puerta.
No me fío. Una última vez con la palma de la mano.

¿Eres tú?

Abro la puerta de golpe y terópodo y ornitópodo salen volando del baúl de las cosas perdidas. Del otro lado de la puerta el jardinero me mira con sus ojos dibujados.

EL JARDINERO.— ¿Y este río?

Sale del baño. O sea, del bosque.

EL JARDINERO.— Ahora vengo.

¿Adónde va?

EL JARDINERO.— A recuperar las plantas.

Salgo al pasillo oscuro de la noche y veo cómo el jardinero, que va haciendo plas-plas, se va abriendo paso río adentro. Dejo de verlo. Ya solo el sonido de una puerta cerrándose. Vuelvo a entrar en mi habitación y allí, doloridos, mis dinosaurios me maldicen.

ORNITÓPODO.— Tonta, tonta, tonta...

TERÓPODO.— Cállate, me duele la cabeza.

ORNITÓPODO.— Embalar e ignorar son palabras que hasta un dinosaurio entiende.

NIEVES RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ

TERÓPODO.— He salido volando y me he golpeado la cabeza. El reflejo de un relámpago sobre el techo comienza a transformarse en viejas fotos, casi todas en blanco y negro. Eran fotos de tu infancia, de cuando eras pequeña. Eran fotos de familia casi todas, pero con algunas personas desconocidas. Al principio pensé que eran desconocidos, sin embargo...

ORNITÓPODO.— ¿Salimos nosotros?

TERÓPODO.— El jardinero aparecía en ellas.

Es un fantasma que sale de tu cabeza. ¿Has dicho fotografías en blanco y negro? ¿De mi infancia? No puede ser porque solo llevamos dos años en esta casa. Hace dos años que tenemos jardín. Las plantas son regalos del jardinero. Terminó de decir esto ante la mirada irónica de mis dinosaurios y vuelvo a inhalar y exhalar. Tengo que hacer un esfuerzo y voy a controlar las flores y la humedad de la tierra, me digo, sin saber qué quiero decir. El hambre me taladra la mente como el runrún de la nevera que ya dice mi nombre en mitad de la noche oscura. Abro la puerta de mi habitación y el río se mete dentro. Salgo a tientas y resbalo golpeándome la cabeza. La corriente me arrastra hasta la puerta del baño. Me quedo inmóvil escuchando, tan solo, el ruido áspero y grave que nunca termino de asimilar como propio. En el techo, ahora, otro mundo.